

**CUENTO N° 62**

**TITULO: EL 409**

**SEUDÓNIMO: AMILEGA**

**AUTORA: ANA MIREYA LETELIER GAJARDO**

## El 409

Seudónimo: AMILEGA

El dueño de la fábrica entró abatido al taller, se acercó a cada uno de los pocos empleados, les dio las gracias, un sobre con dinero y dijo que la ropa china lo sacaba del negocio.

Pedro se sentó en la plaza, pensando qué hacer, de pronto vio pasar un bus con los pasajeros, tristes y cansados, mirando hacia la calle o durmiendo apoyados en el vidrio. En su casa encontró a Clara, le contó de su trabajo perdido y dijo que iba a cantar en los buses para ganar algo, ella salió tras él, dejando una nota a su madre para cuando volviera de la feria.

El 409 ronroneaba por la calle llevando a las personas apuradas a su trabajo en la mañana y exhaustas cuando volvían a sus casas. Así pasaban los viajes, aburridos y monótonos, hasta el día que se subió él con su guitarra y su hija, suaves notas de cuerdas se elevaron por el aire y una voz áspera, pero melodiosa, llenó el espacio. Despertaron los que dormitaban, los del ceño fruncido se alegraron un poco y pareció que el 409 renacía: el motor empezó a hacer menos ruido, los neumáticos no chirriaban tanto al roce del asfalto y la carrocería cambió sus gemidos por un compás de acompañamiento a la música. Duró unas cuerdas, una muchacha pasó entre los pasajeros y ellos entregaron monedas para agradecer la canción. Después, cantante y niña bajaron y desaparecieron. Al día siguiente, subieron hombre, chica y guitarra, crearon el maravilloso instante, recolectaron unas monedas y descendieron. En unos días, los pasajeros esperaban ansiosos el momento mágico que entraba por sus oídos, alegrando el día.

El inspector municipal Juan Alegría llevaba poco tiempo en su puesto y estaba muy feliz, después de buscar trabajo por varios meses al salir de la universidad, su labor era apoyar la seguridad del barrio, controlar el cumplimiento de las ordenanzas, etc., no era periodismo, pero era una labor social y le permitía llevar a casa dinero para ayudar a su madre. Ese día, Juan empezó su trabajo a primera hora, controlando que todo estuviera en orden en la feria, como

siempre, la señora Adela le ofreció un café, conversaron un momento y Juan siguió su patrullaje, saludando a algunos locatarios. A mediodía, el jefe llamó a los inspectores y dijo que se debería mejorar la imagen del barrio, era necesario apoyar a la policía para detener los robos de la feria y asaltos a los buses, además, en uno de los recorridos del bus 409 subía a cantar un tipo; mientras él distraía a los pasajeros con su canto, una chica pasaba entre ellos buscando plata, lo que estaba estrictamente prohibido por la ordenanza del tránsito.

El Pecoso y el Lagartija estaban contando las monedas reunidas acarreado bolsas en la feria, era poco, pero al Lagartija le alcanzaba para algo de pasturri, el Pecoso le dijo que no era buena idea, estaba cada vez más loco con eso y se seguía así iba a terminar robando igual que su hermano, pero su amigo no escuchó y fue a la esquina de la plaza, donde un tipo esperaba en un auto. El Pecoso estaba preocupado, se conocían desde chicos y no le gustaba lo que estaba pasando con él, a veces le daba un poco de miedo porque se ponía muy agresivo; otras veces, decía que había gente persiguiéndolo, no iba al colegio, casi no comía y le temblaban las manos. La mamá del Lagartija trabajaba toda la noche, llegando a dormir durante el día, el hermano mayor andaba por ahí robando y el papá estaba preso.

El bus 409 partió en su recorrido de la mañana, con soñolientos pasajeros, entre ellos el Pecoso en su camino al último año de colegio, con la idea de ver a Clara. En el paradero correspondiente subieron Pedro con su guitarra, su hija y el inspector municipal Juan Alegría, quien quería descubrir al culpable de la grave infracción municipal, Pedro empezó su canción y Clara recolectaba moneda, Juan Alegría se impresionó por la voz del cantor y el encanto de ella, pero recordó su deber y, cuando el bus paró, se acercó para detenerlos, pero, antes de lograrlo, subieron violentamente el Lagartija y su hermano, quienes, navaja en mano se fueron encima del chofer, la confusión fue terrible, el bus empezó a ir sin control, unos gritaban y otros trataban de abrir las puertas para bajarse, Juan Alegría, después de un momento de estupor, se abalanzó

totalmente indefenso, sobre los dos hermanos tratando de evitar que le hicieran daño al chofer.

Pedro se envalentonó con esa acción y fue a ayudarlo, el Lagartija aullaba como un loco y agitaba su navaja delante de ellos, mientras su hermano sacaba la plata de la caja del bus y se daba vuelta hacia los pasajeros gritando que le dieran todo lo de valor, el Lagartija se topó con Clara, que escondía sus monedas celosamente, el ladrón empezó a forcejear con ella para quitarle su pobre tesoro y cuando el Pecosó trató de protegerla, recibió un navajazo en el brazo. Ante la valentía del chico que seguía luchando, con la sangre que corría por su brazo, una señora las emprendió a carterazos con los delincuentes, eso armó de valor a otros pasajeros y, entre todos, lograron reducir a los criminales, llamar a la policía y mandar al herido al hospital. Juan Alegría estaba entregando su declaración a los carabineros cuando Pedro salió corriendo hacia la población, el inspector lo persiguió unas cuadras, pero sin éxito porque no conocía los pasajes entre las casas. Muy frustrado, fue a entregar un informe a su jefe, explicando que cantor y recolectora de dinero habían emprendido la fuga, el jefe lo felicitó por haber impedido el robo y enviado a los ladrones a la justicia. Pedro corrió sin parar hasta la casa del Pecosó para informar a la mamá lo que había sucedido: se lo habían llevado herido a la Posta, la Clara había dicho que era su hermana para poder acompañarlo y, ahora, él se ofreció a llevarla al centro asistencial.

El Lagartija y su hermano estaban frente al carabinero de guardia en la comisaría, mientras los policías que los traían daban la declaración correspondiente. Los muchachos no mostraban ningún interés, parecían no escuchar nada, siguieron al carabinero que los encerró en una celda y se dejaron caer en el piso de cemento.

En la Posta de Urgencia, el Pecosó estaba dolorido del brazo, pero contento porque Clara se había preocupado y venido con él, por eso en el camino no se había quejado ni una sola vez, así le demostraba que ya era un hombre y ella dejaría de tratarlo como niño. Después de la curación, Clara se acercó, le dio un abrazo, un beso y las gracias por haberla ayudado ante el

asalto, entonces él se envalentonó y puso su brazo alrededor de su cintura, ella sonrió.

Juan Alegría se fue nuevamente a la feria para revisar el cumplimiento de todas las ordenanzas de recolección de basura y limpieza de la calle, el comentario era el asalto al bus, se hablaba de tres o cuatro asaltantes con pistola y varios heridos que habían ido a dar a urgencia, Juan se divertía con las versiones tan diferentes a su propia vivencia, pero apareció su espíritu periodístico, sacó su celular y empezó a entrevistar, uno dijo que él iba en el bus y los asaltantes eran claramente pistoleros profesionales venidos de otra población; una señora, a quien Juan no había visto nunca, dijo que ella se había atrevido a dar un golpe a uno mientras el tipo la amenazaba violentamente. La señora Adela llamó a Juan y le sirvió una taza de café del termo comentando lo sucedido, cuando un niño pasó corriendo y derramó el líquido hirviendo sobre la mano de él, inmediatamente ella cerró el puesto y lo llevó a su casa para que su hija lo curara. Juan Alegría reconoció a la chica del bus, pero no dijo nada, solo vio su mirada tierna y su dulce sonrisa, Clara estaba curando la quemadura cuando apareció Pedro, señora Adela presentó al inspector municipal, Pedro comentó la arriesgada actitud de Juan, enfrentándose solo a los dos ladrones con navaja y Juan le agradeció la ayuda para impedir el robo; comprendió que ni Pedro ni Clara se habían dado cuenta de que los iba a detener, Pedro explicó que, con el barrio tan malo, en manos de la delincuencia, para él era importante encontrar un trabajo estable lo más pronto posible, Clara llegaba tarde de los turnos de enfermería y necesitaba vivir en un lugar menos peligroso, pero por ahora, solo podía juntar algunas monedas cantando en un bus hasta encontrar algo mejor, Juan se paró bruscamente y dijo que debía volver al trabajo. Adela comentó a su marido que conocía al inspector desde hacía meses y pasaba todos los días de feria por su puesto para tomar un cafecito y conversar un momento, a ella le parecía un buen chico, universitario que no encontraba trabajo de periodista y venía de otra parte de la comuna, era una buena amistad. Pedro estuvo de acuerdo con la apreciación y ambos, con disimulo, miraban a

Clara mientras hablaban.

Los detenidos del día pasaban ante el juez. En vista de que ningún familiar se había presentado, el Lagartija fue enviado a un hogar para menores y su hermano a la cárcel, sin fianza, por mientras se investigaba para llegar a la sentencia definitiva. En el furgón policial, el Lagartija empezó a sentirse muy mal, cuando llegó al centro de reclusión, comprendió que no resistiría sin fumar algo y apenas abrieron la puerta del vehículo salió corriendo desesperadamente, desapareciendo entre los pasajes.

El Pecosó se había quedado dormido y lo despertaron fuertes golpes en la puerta, afuera estaba el Lagartija casi desmayado, dijo que no podía ir a su casa porque seguramente lo iban a buscar allí y no quería ir a la cárcel, el Pecosó miró a su amigo, le dio una enorme pena, lo dejó pasar y se sentó con él, reprochándole que lo hubiera herido por andar robando, el Lagartija pareció estar arrepentido un momento, pero cambió violentamente y se levantó para ir a la plaza a comprar una pipa porque no podía estar así. Como el Pecosó no lo dejó salir, pareció volverse loco, acusándolo de no ser su amigo y se abalanzó sobre él, que apenas podía defenderse con el brazo herido, pero el Lagartija estaba muy mal, cayó al suelo y quedó ahí desmayado.

Clara decidió ir a ver cómo estaba el Pecosó, empujó la puerta de la casa porque le pareció abierta y se encontró con un extraño cuadro: estaba el Pecosó sentado en una silla con la cabeza entre las manos y el Lagartija tirado sobre el piso. El Pecosó la miró casi llorando y miró a su amigo, Clara se acercó al muchacho en el suelo, le tomó el pulso, sacó su celular y llamó a emergencia, el Pecosó pedía que no lo hiciera, se lo iban a llevar preso otra vez, pero Clara respondió que estaba muy mal, más valía ir preso que morir, se sentó al lado del Pecosó a esperar la ayuda y lo abrazó, entonces, él se atrevió a tratar de besarla, pero ella se retiró rápidamente, le hizo un cariño en el pelo y se rió un poco, diciendo que mejor iba a esperar la ambulancia afuera.

Algunas tardes después, el 409 venía por la calle, trayendo a los cansados trabajadores que volvían casi dormidos a sus casas, entre ellos a Pedro con renovadas energía y esperanza porque había entrado a trabajar en la construcción. Después el bus daba la vuelta para llevar a otros a sus empleos nocturnos, ahí iba la mamá del Lagartija, que pasaba gran parte de la noche limpiando oficinas en el centro de la ciudad para volver en la madrugada, agotada, desesperanzada y triste, con sus tres hombres en la cárcel. En la plaza, Clara y Juan Alegría conversaban en una banca, cada vez más cerca uno del otro, el chofer del bus paró un momento y preguntó a Clara cómo estaba el chico herido en el asalto y las demás personas involucradas en el incidente, ella soltó la mano del inspector municipal Juan Alegría para acercarse al bus y dijo que no había pasado nada grave, el chico solo había tenido una herida leve y estaba muy bien, además, eran muy cómicos los comentarios de la gente sobre el asalto y que su amigo periodista había grabado en unas entrevistas en su celular.

El Pecosó estaba en su pieza mirando por la ventana que daba hacia la plaza, la mamá golpeó y entró encontrando a su hijo con lágrimas en los ojos, él explicó que su gran tristeza era porque a su amigo le había dado la pálida, se lo habían llevado al hospital en la ambulancia y, con seguridad, después iría al correccional. Mientras sus lágrimas caían, observaba a la pareja en un banco de la plaza, mirando el celular y riéndose, con el brazo de Juan Alegría alrededor de los hombros de Clara.

Amilega